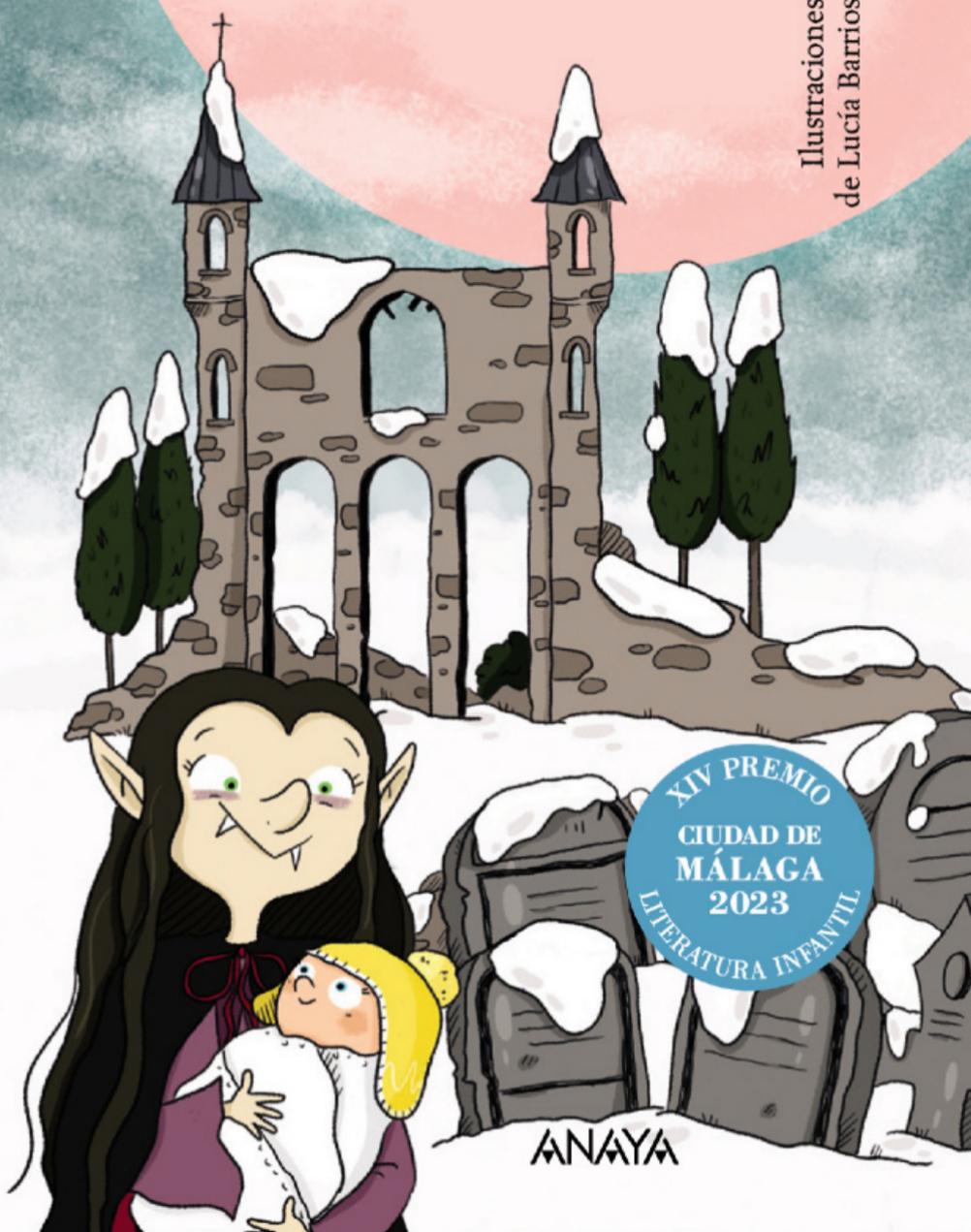


Nana de luna llena

Cristina Fernández Valls

Ilustraciones
de Lucía Barrios



XIV PREMIO
CIUDAD DE
MÁLAGA
2023
LITERATURA INFANTIL

ANAYA

Nana de luna llena

Esta obra ha sido galardonada con el XIV Premio de Literatura Infantil «Ciudad de Málaga» 2023, convocado por el Ayuntamiento de Málaga en colaboración con Anaya y coordinado por Antonio A. Gómez Yebra, quien formó parte del jurado junto a Ana Alcolea, Juana Cortés Amunarriz, Jackeline de Barros y Pablo Cruz.



**Ayuntamiento
de Málaga**
Área de Educación

© Del texto: Cristina Fernández Valls, 2023
© De las ilustraciones: Lucía Barrios, 2023
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2023
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

1.ª edición, noviembre 2023

ISBN: 978-84-143-3464-5
Depósito legal: M-27675-2023

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

XIV PREMIO DE LITERATURA INFANTIL CIUDAD DE MÁLAGA, 2023

Nana de luna llena

Cristina Fernández Valls

Ilustraciones de Lucía Barrios



ANAYA

*A Carmen,
mi hermana mayor.*



Pico Viento

Castillo del conde
Nieves Eternas

Árbol de
la Muerte

Cementerio

Pico Abismal

Collado de la Luna Roja

Roca de la Luna Llena

Refugio de excursionistas

Campo de ovejas

Aldea

Pueblo de los vivos

Lago de las Libélulas



EL MURO DEL CEMENTERIO

Estudié mis cartas. Pareja de cinco. Bruno me observaba con los ojos fijos, el hocico arrugado y las orejas en punta. Intentaba oler mi miedo. Me arrebujeé en mi capa; no pensaba dejar que lo consiguiera. Además, los vampiros nunca tenemos miedo, y menos delante de un niño lobo.

—¡No voy! —dije, y puse las cartas boca abajo sobre el muro. Bruno se había apostado un anillo de plata que había encontrado en el bosque; yo solo tenía el medallón de bronce de mamá y un cráneo de ratón.

—¡Así no juego! Siempre te echas atrás en el último momento —se quejó Bruno, y tiró las cartas al suelo.

—¡Pues no juegues! Si pierdo el medallón de mi madre, mi hermana me castigará dentro de mi ataúd una luna entera. Para ti, el anillo de plata no vale nada.

—¡Quita el medallón y juega solo con el cráneo de ratón! Eso tampoco vale nada.

—Me da igual, he dicho que no voy. Y el cráneo de ratón lo encontré yo, y es mío.

10

—Pues entonces el anillo de plata también es mío. —Lo miró unos segundos. Los licántropos son alérgicos a la plata y no la pueden ni tocar, sobre todo cuando están en forma de lobo, les produce alopecia (o sea, que se les cae el pelo) detrás de las orejas y el hocico se les llena de ronchas rojas—. Por cierto, ¿me lo guardas en tu capa?

—Pero solo si tú llevas el cráneo de ratón, ¡a ver si siempre tengo que cargar yo con todo! —grité mientras me lo metía en el bolsillo.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Bruno—. Apenas hace dos horas que salió la luna.



Eso nos pasaba siempre, que cuando se nos acababa la partida de póquer, ya no sabíamos a qué jugar.

Bruno y yo nos conocimos en el refugio de excursionistas una noche de invierno despejada y brillante, de esas en las que el frío te corta la respiración y las lágrimas se te congelan en las mejillas.

12

Bruno vive con su padre y sus tías en la Aldea, que son las antiguas casas de los pastores en lo alto de la ladera del pueblo, en la base del pico Abismal. Yo vivo con mi hermana, Cobra Calavera, en la cripta del castillo del conde Nieves Eternas, en la base del pico Viento. Cuando nos mudamos allí era un castillo con vidrieras de colores y tapices colgantes en los salones, pero ahora solo quedan dos torres medio derruidas y algunas paredes rotas.

Como todas las noches, mi hermana había salido a cazar y me había dejado en el cementerio del castillo porque yo era demasiado pequeña para acompañarla y

aún no me sabía transformar en murciélago. Estaba aburrida, vagando entre las tumbas, cuando se me ocurrió que yo también podía salir de caza y conseguir alguna liebre o algún zorro. Así que me subí al muro, descolgué los pies hacia el otro lado y eché a correr por la ladera nevada. Era la primera vez que salía sola del cementerio y no me podía creer lo tranquila que era la noche. Al cabo de un rato, llegué a lo alto del collado de la Luna Roja, que está entre el pico Viento y el pico Abismal, y descubrí el refugio de excursionistas. Sabía que tenía que ser muy sigilosa porque a los vivos no les gustan los no muertos, así que avancé de puntillas, toda envuelta en mi capa negra. Me asomé por la ventana. El hogar estaba oscuro y frío, no había nadie.

Empujé la puerta.

Encontré una linterna olvidada bajo uno de los bancos, una taza en la que ponía «Los héroes de la montaña» sobre la repisa de la chimenea y una cajita de cerillas junto a los leños. Empecé a

encenderlas una a una, disfrutando del instante en que la llama prende el palito de madera, cuando Bruno se asomó por la puerta con las orejas arriba y el lomo erizado.

—El refugio de excursionistas está en territorio Abismal —me dijo.

Puse los ojos rojos y saqué los colmillos.

—El refugio de excursionistas pertenece al condado de las Nieves Eternas —respondí.

Bruno gruñó mostrando unos dientes afilados y relucientes, y yo gruñí mostrando los míos, tan afilados y tan relucientes como los suyos. Porque debes saber que los vampiros y los licántropos somos enemigos mortales, y nunca, bajo ninguna circunstancia, debemos acercarnos los unos a los otros. Entonces, con el rabillo del ojo, vi debajo de la mesa una baraja de cartas.

—Me lo juego a una partida de póquer —dije.

Nos sentamos junto a la chimenea apagada. Repartí la primera mano. Yo tenía

dobles parejas, y Bruno me ganó con una escalera de tréboles, ¡una escalera! Ni el mismo conde de las Nieves Eternas, que sale de su ataúd una vez cada mil años, ha conseguido nunca una de esas. Bruno se quedó con la taza. Yo gané la siguiente mano con un trío de ases y me quedé con las cerillas. La linterna nos hacía falta para jugar porque, por más luna llena que brille en el cielo, cuando está nublado, no se ve ni un ajo. Desde entonces, Bruno y yo quedamos todas las lunas llenas para jugar a las cartas.

Al principio, apostábamos cosas que encontrábamos en el bosque: colmillos de zorro, un escarabajo azul, un esqueleto de ardilla. Luego, objetos que olvidaban los excursionistas: una navaja multiusos, cámaras digitales, mapas, ¡hasta un móvil!; aunque se quedó sin batería a mitad de la partida y al final ninguno de los dos se lo quería quedar.

Y así estábamos, que apenas había salido la luna y no teníamos nada más para apostarnos.

—¿Vamos al río? —propuso Bruno.

—No me gustan las ninfas en luna llena —respondí—. ¿Y al Árbol de la Muerte?

—Siempre es igual, esquelético y con hormigas, cada vez me da menos miedo. —Se le iluminaron los ojos y subió las orejas hacia arriba—. ¿Y si nos acercamos al refugio a asustar excursionistas?

